

1. Mariposas, flores y adultos mayores



ANDREA RAQUEL SUCARI*

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.432.01>

Resumen

Este capítulo es una narrativa que rescata algunas de las experiencias más emblemáticas con personas de la tercera edad del Centro de Día “Jofesh”, que se desarrolla en AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina). Tras 11 años de trabajo en esta institución la autora, en su exposición, se centra en dos casos particulares: Silvia y Gabriel. La narrativa de ambos personajes nos permite apreciar cómo la actividad de horticultura y jardinería ayudaron a cada uno de diferentes formas. Resaltan las mejoras en sus relaciones sociales y la comunicación, ya que ambos participantes presentaban dificultades en la socialización. En ambas historias se puede apreciar como esta actividad alienta el aprendizaje, motiva cambios en las actitudes y acciones. En conclusión, la jardinería representó una actividad de aprendizaje que logró activar en ambos participantes su conexión tanto con los espacios en los cuales transitan sus vidas como con las personas.

Palabras clave: *adultos mayores, horticultura terapéutica, socialización.*

* Licenciada en Psicología. Fundadora y presidenta de la Asociación Argentina de Terapia Hortícola. ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-5178-8372> ; correo electrónico: andreasucari@gmail.com

Introducción

Soy fundadora junto a otras personas de la Asociación Argentina de Terapia Hortícola. Esta Asociación fue fundada en el 2011 y una de sus misiones es “difundir la terapia hortícola” con el objetivo de “sanar en la naturaleza”. A través del ejercicio de la huerta y la jardinería se crea un vínculo distinto entre las personas y la naturaleza. Es una excelente herramienta terapéutica.

Con actividades grupales semanales construimos huertas y jardines, dando importancia a las plantas nativas de cada región. Esta experiencia modifica a las personas en sus formas de vida, su estilo de producción agrícola, su relación con la naturaleza, consigo mismos y los demás. Desde la Asociación organizamos charlas, encuentros y paseos en contacto con la naturaleza, siembras de plantas nativas, intercambio de semillas, así como ofrecemos formación en Terapia Hortícola y quienes la toman, luego de la formación son parte de nuestra Asociación.

Llevo varios años de experiencias con poblaciones agrupadas en escuelas, hospitales, centros culturales, centros de días especializados en tercera edad, discapacidad o con pacientes psiquiátricos.

En el proceso terapéutico las personas van encontrándose con diversos temas en relación con nuestra pertenencia a la naturaleza; aparece la necesidad de relacionarse unos con otros y con el entorno, no en guerra con lo que nos rodea sino formando parte de la retroalimentación constante del sistema, con respeto hacia el ambiente en un despertar intenso de nuestros sentidos, percepciones y sentimientos, comprendiendo que la vida en el planeta es más que la nuestra propia. En esta contribución se expondrá el caso de dos adultos mayores que mostraron importantes cambios a partir de su participación en actividades de horticultura en una institución.

Terapia hortícola con adultos mayores

En el Centro de Día “Jofesh”, que se desarrolla en AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina), coordiné desde el 2009 al 2021 un grupo de *Terapia hortícola* con adultos mayores. Allí, más de 300 adultos mayores van de

lunes a viernes, desde las 9 hasta las 17 horas. Desarrollan actividades que pueden elegir e inscribirse, exigiéndoles asistencia, puntualidad y respeto a la comunidad. Desayunan y almuerzan allí en un comedor amplio. Es gratuito para muchas obras sociales como el Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados (PAMI), otros son becados y quienes pagan, es una suma insignificante. O sea, nadie queda fuera ni por economía, religión, credo, color ni edad. Quienes participan son personas mayores de 60 y 65 años (edades con las cuales se jubilan en Argentina). Es un centro para adultos modelo y de excelencia.

Durante aquellos años de trabajo ininterrumpido, contamos con un patio que hemos poblado de plantas colgantes, rastreras, arbustos, árboles en maceteros, flores y cuanto gajo nos ha llegado. Así como también maceteros en el interior del edificio con plantas y kokedamas (técnica de macetas realizadas con tierra y musgo) con los que decoramos las oficinas de la institución y algunas huertas en alturas en diferentes espacios abiertos del edificio. El patio se ha convertido en el corazón de la institución, esto es lugar de encuentro, de descanso entre diversas actividades, de relax después del desayuno y almuerzo, así como reunión de profesionales que trabajan en la institución, etc.

Silvia y su reconexión con el entorno

Dentro de los múltiples casos en los cuales la terapia hortícola ha dejado huella, se encuentra una participante que llamaremos Silvia, señora soltera de 73 años que vive sola, artista plástica, con algún deterioro mental notable. Participó del taller por dos años jardineando, observando, preguntando y conviviendo con las plantas nativas que fueron haciéndose cada vez más presentes. En uno de nuestros encuentros grupales les pregunto la orientación del sol en sus patios, balcones, jardines o terrazas de sus casas, es decir, si tienen sol de mañana, de tarde o no tienen, esto para saber qué plantas podían llevarse en ese intercambio de gajos y plantas que hacíamos. En esta actividad Silvia dice que no sabe si pega el sol... y si pega, a qué hora. Le pido se fije para nuestro próximo encuentro.

Pasaron varios encuentros en los cuales ella, confundida, no puede dar cuenta de cómo entra o sale el sol en su casa. Finalmente dice que no pudo ver, ya que hace 10 años que no levanta la persiana de su balcón. Le proponemos hacerlo, aunque sea sólo para ver si hay sol allí de mañana o de tarde. En encuentros posteriores nos relata lo que fue levantar la persiana y encontrar sillones despintados, el balcón lleno de hojas y sucio... Al correr de los meses Silvia no sólo levantó la persiana, sino que pudo limpiar su balcón, pintar sillas que tenía allí, deterioradas. Con el tiempo acepto llevarse una *Asclepia curasavica* para su casa y cuidarla. Luego un pequeño Sen del campo que habíamos sembrado de semilla en el patio, y así poco a poco su balcón recibió de visita una mariposa... y otra... y otra.

Ella comenzó a pasear por viveros para comprar plantas para su balcón, aparte de las que le regalábamos con el grupo; de esta forma, sus fines de semana comenzaban a cambiar: cuidar sus plantas, regarlas, sacar las hojas secas, observarlas, diferenciarlas, olerlas, etc.

Imagínense la alegría de esta señora al relatarnos su vivencia de poder sentarse allí y convivir con esa pequeña porción de Naturaleza que ella misma había podido llevar, cuidar y disfrutar en su propia casa. La vida se hizo presente en su cotidianidad, en la posibilidad de cuidar de otros y, por ende, de ella misma. También su estado mental se involucra en esta historia. En uno de los encuentros nos comentó que tuvo una azalea maravillosa. El grupo interesado la escuchó, tal vez por vez primera, ya que ella no tenía gran empatía con el grupo. Su personalidad había sido de permanente demanda, apuro en sus reclamos y dudas, interrumpía a los demás y no mostraba interés en lo que otros traían, decían o les sucedía; sin embargo, se notaba un cambio en ella y en el amor con el que contaba sobre sus plantas. Por tanto, en esta vez el grupo atentamente espero su relato.

Ella comentó que tenía una azalea tan preciosa que la sacó de la maceta para lavarle las raíces, su relato parece tan amoroso como quien le lavó la cola a un bebé... Cuenta que fue entonces cuando su azalea murió. El grupo mudo la observó, hasta que una señora, un tanto molesta, le explica que fue su acción la que la mató. Silvia sonrío y calla sumiéndose nuevamente en sus pensamientos ajena a todos nosotros.

Los talentos de Gabriel

Otra historia en este grupo es la de un señor que estuvo con nosotros a lo largo de los 12 años. Un señor de más de 70 años que desde el principio se interesó en nuestro taller. Lo llamaremos Gabriel, a fin de reservar su identidad. Al llegar yo a la institución me cuentan los profesionales del lugar que están pensando en echarlo, porque reiteradamente no cumple con el respeto a las reglas institucionales.

Gabriel se muestra muy interesado en aprender el cuidado de las plantas, sus nombres, sus formas y sus historias. Desde una enorme sensibilidad huele, toca y recuerda sus nombres con infinita memoria.

En mi práctica no trabajamos con los nombres científicos de las plantas para que las personas del grupo puedan relacionarse, no por este aspecto convencional de la palabra, sino por el conocimiento sensible, usando sus sentidos. Por tanto, para mí era increíble la capacidad de uno de los miembros del grupo, un hombre quien —lo supe más tarde— habla 11 idiomas, quien podía recordar, tanto el nombre vulgar como el científico en latín de cada planta. Así que a él, como excepción, yo le contestaba sus preguntas con el nombre científico de cada planta.

Gabriel, poco a poco se posicionaba como un gran líder en el taller de Jardinería, contando en nuestros recorridos por el patio las historias que recordaba, sus apreciaciones, los nombres de las plantas, sus observaciones de las modificaciones que se producían en cada estación, etc. Regaba durante la semana y reproducía plantas. De a poco, era Gabriel el que repartía gajos y preparaba las plantas que le pedían sus compañeros para llevarse. Comenzó a relacionarse con los demás desde un conocimiento y una práctica que él podía llevar adelante y dar desde ese lugar. Esto conllevó a que sus compañeros comenzaran a tenerle otra estima.

Gabriel podía abrir el piano del comedor y parecer un gran concertista, ahora que lo hace sorprende a toda la institución. Institución que anteriormente sólo encontraba en Gabriel a ese ser molesto que abría puertas donde funcionaban otros talleres, sin golpear o sin pedir permiso, o que entraba y salía por escaleras que no estaban permitidas porque eran para personal de servicio, o que usaba mal las salidas de emergencias.

Gabriel vuelve a mostrar su arte año con año, en las fiestas de fin de año, bailando en el escenario, actuando en el grupo de teatro, participando en demostraciones de taichí. Pareciera que sólo bastó una oportunidad de mostrarse y ser valorado para que todo él y su entorno se viera modificado.

Gabriel recibió también una propuesta de trabajo como jardinero de otras instituciones, ya que veían su dedicación y trabajo. A pesar de haberlo pensado y tomarlo con mucho orgullo, decidió no aceptar. Gabriel vivió todos esos años en una pensión y estaba becado en desayuno y almuerzo en AMIA, ya que no contaba con recursos económicos para pagar.

Hubo una situación que tuve que trabajar con Gabriel puntualmente. Cada verano, al regar, mojaba el suelo de los pasillos, del patio y de las oficinas de la institución, oficinas donde ya Gabriel se ocupaba de hacer el mantenimiento de las plantas que habíamos regalado a cada trabajador. Lo acompañe en su recorrido, explicándole que el temor era que, al quedar el suelo mojado, pudiera resbalar algún adulto mayor, riesgo muy frecuente con los adultos mayores. A Gabriel le era casi imposible no hacer charcos tanto con la regadera dentro del edificio, como con la manguera en el patio. A la manguera le agregamos esas pistolas que sólo sale agua al apretar. Sin embargo... seguía sucediendo. Hasta que un día con su mirada simpática, picaresca e inteligente me dijo: “en esos momentos de riego, no veo los límites de la maceta, no puedo ver tantos límites”.

La participación de las actividades de huerto detonó lo que fue el comienzo de otra etapa para Gabriel... y para mí, que me jubilé y dejé de asistir a esta institución.